AL INFIERNO EN COCHE.

AL INFIERNO EN COCHE,

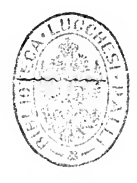
COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON JOSÉ JACKSON VEYAN.

Representada por primera vez en el Teatro Romea el 23 de Abril de 1873.





MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
EVELIA	SRTA. R. PEREZ-CACHET.
SIR JAMES TINLAY	D. E. CORTÉS.
ROBINSON	D. J. BANOVIO.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante en casa de Sir James; puerta en primer término derecha, ventana en segundo; chimenea encendida, primer término izquierda; puerta en segundo; puerta al foro; muebles de lujo, velador y butaca al lado de la chimenea: mesa y butacas al lado opuesto; secreter á la derecha, entre la puerta y la ventana.

ESCENA PRIMERA

ROBINSON, arreglando una maleta pequeña.

Ya está. Hé aqui todo lo necesario para un viaje. Una corbata, una camisa y un cuello postizo. ¡Cuando pienso que mi amo, Sir James Tinlay, noble, rico, guapo mozo, vino á enterrarse hace tres meses en este pueblo de Irun, á corta distancia del mar!... Pero al fin inglés. Hace cuatro años que está en España: habla el español casi mejor que yo... y sin casi... ¡Pero qué hombre! No para en ninguna parte!... Se parece al Judio errante! Y ya creo que no está contento aquí, porque ayer me dijo... con cierto tono melancólico y misterioso: «Robinson, parto mañana...» ¿Pues y la ocurrencia de llamarme Robinson? Si yo me llamo Juan... Pero ya se ve, se le puso en la cabeza y... Al

fin es inglés... ¡Y ese coche de viaje que se hizo preparar ayer todo lleno de agujeros!... Es un misterio que no puedo comprender. ¡Pues y el caballo! (Asomándose á la ventana.) ¡Vaya una aleluya! ¡No se puede tener de pie! Como que se siente uno inclinado á darle la revalenta arábiga. Pobre señor! (Bajando.) Me ofreció una buena recompensa por cada vez que lográra distraerle... pero sí, sí, facilillo es eso. Yo he hecho diabluras y no se ha incomodado, pero no se ha distraido tampoco, y por consiguiente la recompensa todavía está por allá. ¡Pero es tan bueno! Creo que le seguiría al otro mundo si... Calla, aquí está. (Al verle salir se retira á un lado.)

ESCENA II.

ROBINSON y SIR JAMES.

Sale por el foro con una fusta en la mano. Avanza hasta el proscenio meditabundo. Saca el reloj, y despues, con rostro impasible, empieza a hablar.

SIR J. Todo va bien El tiempo avanza y mi alegría se aumenta... ¿Qué haces tú aquí?

ROB. Estoy preparando la maleta, señor.

SIR J. Esto es lo que necesito. (Mirándola.) La amarrarás sólidamente á la trasera del carruaje... Nosotros entraremos en él y... (Atraviesa la escena.)

ROB. Y... á dónde?

SIR J. Á las peñas.

ROB. ¡Á las peñas! ¡Qué dice usted! (¡Este hombre es el diablo!)

SIR J. Robinson, voy á ajustarte la cuenta. (Sentándose.)

ROB. ¡Cómo! ¿No os acompaño, señor?

SIR J. ¡Acompañarme! Já! já! ¿Cuándo te he dicho yo dónde iba?

ROB. Es verdad: pero no importa, donde usted vaya iré yo de cabeza.

SIR J. De cabeza?... Puede. En ese caso, escucha. Partiremos esta tarde á las cinco en punto.

ROB. Me parece bien la hora. Aprovecharemos la fresca... ¡Oh, la fresca!... ¡Y ahora que estamos en Enero!...

SIR J. Tú montarás en el pescante y yo en el coche.

ROB. ¿En cuál? En el de los agujeritos?

SIR J. Tomarás el camino que vuelve á la izquierda.

ROB. El que conduce al mar.

SIR J. Precisamente.

ROB. Y despues?

SIR J. Despues... Todo derecho.

ROB. Bien; y luégo?

SIR J. Luégo.. Siempre derecho y adelante.

ROB Bien, llegamos al final del camino: una esplanada de cien pies que domina el mar... una vista magnífica!

SIR J. Admirable.

ROB. Una vez allí, junto al borde, torcemos; volvemos á la derecha ó á la izquierda...

SIR J. Nosotros no volveremos.

ROB. Qué!

SIR J. Llegamos al borde...

ROB. Llegamos al borde y...

SIR J. Un golpe de látigo y siempre adelante.

ROB. Dios mio! ¡Misericordia!

SIR J. Retrocedes?

ROB. Yo creí que se trataba de un viaje de placer...

SIR J. Este es uno.

ROB. Pues vaya un placer! Morir ahogado!

SIR J. Y tú, cuál encuentras en vivir?

ROB. Yo no lo sé... Pero es una costumbre... una rutina, con la cual me sería muy duro romper tan brutalmente.

SIR J. En efecto. Despertar, levantarse... fastidiarse. Comer para apagar el hambre, pasear para producirla. Fumar, dormir. Afeitarse por la mañana una barba ilusoria que vuelve á salir por la noche... ¿No es este el programa de ese manejo monótono, que hace de la existencia un

círculo vicioso? ¿Tú consideras esto como una dicha?.. ¡Pobre idiota!.. Dame un cigarro.

ROB. Hé aquí, señor

SIR J. ¿No eres de mi opinion respecto á la vida?

ROB. No del todo, porque tambien la vida tiene sus cosas buenas... Por ejemplo; si usted me diese una renta vitalicía...

SIR J. Qué harías?

ROB. ¿Qué haría yo?... ¡Toma! casarme con Tecla, cuya tia me desprecia porque no poseo nada.

SIR J. Está bien. ¡Tú me abandonas! ¡Siempre la ingratitud!

ROB. Pero, señor... Si yo no tuviera que casarme....

SIR J. ¡Oh, Dios mio! ¡No quiero vivir más! ¡Siempre lo mismo! Cuántas ingratitudes he sufrido!... ¡y una!... ¡Oh, no puedo olvidarla nunca! Hace siete años viajaba en Suiza á pie, solo, que es la mejor manera de no ir mal acompañado.

ROB. Es verdad.

SIR J. Caminaba yo un hermoso dia por un camino terminado á la derecha por unos enormes peñascos, y á la izquierda un precipicio. Al pasar me detuvo el ruido de un carruaje que arrastraba un caballo desbocado. Yo volví la cara, y no atendiendo más que al primer impulso de mi corazon, desafié la muerte y me lancé á la cabeza del animal. Él me arrastró con ímpetu y así marchabamos todos juntos á despeñarnos en el abismo.

ROB. ¡Dios mio!

SIR J. Yo tuve afortunadamente la precaucion de sacar una de mis pistolas, la descargué en la cabeza del bruto y salvé así mi vida primero, y luégo la de un compatriota que viajaba en su coche con una pequeña y encantadora niña.

ROB. ¡Magnífico! ¡Hé ahí lo que yo llamo un rasgo verdaderamente heróico! Aquel caballero debió lanzarse á vuestro cuello...

SIR J. Si. Se lanzó á mi cuello para estrangularme.

ROB. ¡Qué!

SIR J. Decía que él se hubiera salvado muy bien sin mí.

ROB. ¡Qué bruto sería el buen señor!

SIR J. Y me llevó delante de la autoridad y me hizo pagar cien guineas por su caballo.

ROB. ¡Jesús!

SIR J. Verdad es que la pequeña niña, apenas tenia diez años, vino á abrazarme y me dió su muñeca en recompensa.

ROB. ¡Su muñeca! Vaya un regalo!

SIR J. Sí; que ella tenía en su mano y que yo conservo en memoria de la ingratitud de su padre. Créeme, Robinson, en el mundo no hay más que ingratitudes...

ROB. Tiene usted mucha razon, señor. Hace pocos dias, yo, con un valor verdaderamente heróico, quise salvar á un gato que se cayó de un tejado: le detuve en el aire, y el animalito fué tan agradecido, que se agarró con sus veinticuatro uñas á mi cuello, como el señor de marras, y por poco me saca los ojos.

SIR J. ¡Hé ahí el corazon humano! ¿y tú amas la vida! Tú amas esa miserable condicion que te hace ser mi esclavo!... ¡Que te condena á sufrir mis caprichos, mis impertinencias y mis latigazos! (Dándole ligeramente con el látigo.)

ROB. No es precisamente lo que más me halaga. (Llevándose la mano al hombro.)

SIR J. Vamos. Si tienes un átomo de sentido comun me acompañarás esta tarde.

ROB. Hasta lo alto del camino?

SIR J. Hasta abajo.

ROB. Pero señor, quereis ir al infierno?

SIR J. Sí: en coche.

ROB. ¡Oh, señor, no me tenteis más! Lo he dicho mil veces y lo repito ahora! Cuando os oigo hablar así, me parece oir al mismísimo demonio en persona abogando por su causa.

SIR J. Piénsalo bien.

ROB. Ya está pensado! (Tomando una resolucion.)

SIR J. La muerte?

ROB. Sí señor!... La muerte... La!...

SIR J. Está bien. (*Saca el reloj.*) Las cuatro! ¡Todavía una hora!... Voy á dormir hasta las cinco, para matar el tiempo. ***Taim is gould***!... El tiempo es oro!... Qué locura! El tiempo es plomo. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA III.

ROBINSON.

Sus argumentos me han enternecido, pero no me convencen. Si por casualidad me decidiese, no sentiría más que una cosa; y es no ver la cara que pondría Tecla al saber mi catástrofe!... ¡Pobre chica! ¡Me quiere tanto!... Estoy seguro de que lloraría mi muerte... lo ménos una semana... ¿Pero y luégo? Toma; luégo se casaría con Martin Brun mi rival, ese jorobeta, amo de la fonda del Leon de Oro, que está allá abajo, y á quien la tia de Tecla prefiere porque es rico. ¡Cómo se reirían de mí!... Me llamarían imbécil... Esto le quita casi todo el encanto á mi viaje submarino. Si yo encontrára un medio para distraer á mi amo... (*Se asoma á la ventana.*) ¡Calle! ¿Quién será ese viejo tan feo á quien acompaña esa jóven tan bonita? Son dos viajeros recien llegados... Parece que buscan algo... Posada sin duda... Si yo pudiera impedir que fuesen á la fonda de mi rival... Y qué bonita es!... Magnifica idea. Eh? Caballero? Buscais algo?

VOZ. Sí: la fonda del Leon de Oro.

ROB. Esta es.

EVELIA. Ya subo. (*Dentro.*)

ROB. Mato dos pájaros de una pedrada. Evito que vayan á engordarle más la joroba á mi rival, y pruebo á ver si mi amo se distrae y olvida su proyecto. (*Se acerca á la puerta derecha.*) Bien; duerme profundamente. Cuando se despierte... ¡Magnífica sorpresa. (*Sube al foro.*) Sube ella sola! Mejor.

ESCENA IV.

ROBINSON y EVELIA, con saquito de noche.

ROB. Venis sola. Me alegro.

EVELIA. Y yo tambien. Mi tutor tiene que arreglar ciertas cosas..: y ademas, le he prohibido que vuelva hasta dentro de una hora.

ROB. ¡Ah, usted se lo ha prohibido!

EVELIA. Si: á los tutores siempre hay que prohibirles algo.

ROB. (Esto favorece mi proyecto.)

EVELIA. Así tendré tiempo para arreglar mi plan.

ROB. Su plan! ¿Cuál?

EVELIA. Qué te importa á tí, imbécil?

ROB. ¡Qué pronto me ha bautizado! Señorita, yo me llamo Robinson.

EVELIA. Pues bien, Robinson, ocúpate de tu llama y tu papagayo, y no te metas en lo que no te importa.

ROB. (Lo que es la nina es corta de edad, pero lo que es de lengua...) Y viene usted de muy lejos?

EVELIA. De Francia. De presidio.

ROB. ¡De presidio!

EVELIA. Del colegio. Es igual.

ROB. Ya.

EVELIA. Al fin me encuentro aquí! ¡Gracias á Dios!

ROB. Chist!... Un poco más bajo, si me hace usted el favor.

EVELIA. ¿Tú serás el criado?

ROB. Sí, señorita.

EVELIA. Sabes que es muy buena esta fonda?

ROB. Chist...

EVELIA. Pero es difícil encontrarla. Como no tiene muestra...

ROB. Es que se ha mandado retocar. (Muy bajo.)

EVELIA. ¿Estás constipado?

ROB. Chist...

EVELIA. ¿Dime; ha llegado un jóven?

ROB. ¿Un jóven?

EVELIA. ¿Preguntando por la señorita Evelia de San Roman?

ROB. La señorita Evelia?...

EVELIA. Si soy yo.

ROB. Pues no ha venido nadie.

EVELIA. Bien; si llega y pregunta, avísame.

ROB. Está bien. Si quiere usted pasar á su habitacion?... (Indicándole la puerta izquierda.)

EVELIA. Lleva mi equipaje. Yo esperaré aquí.

ROB. Ya voy. Pero es necesario que le haga una pequeña advertencia.

EVELIA. Á mi? Cuál?

ROB. Que no haga demasiado ruido.

EVELIA. ¿Hay algun enfermo en la casa?

ROB. Si; uno, que probablemente no llegará á la noche. (Mirando á la derecha.)

EVELIA. ¡Pobre hombre! Descuida. (Váse Robinson por la puerta izquierda.)

ESCENA V.

EVELIA.

Libre!... Libre!... Qué hermosa es la libertad! ¡Por qué no habré yo nacido hombre! Pícaros! Todo lo bueno para ellos! ¡Qué alegría! ¡Fuera del colegio!... Nadie que me diga... ¿Á dónde va usted, señorita?... No leais esos libros!... Bajad los ojos delante de los hombres... Estése usted quieta... ¡Ay, por fin respiro! Pobre tutor! Me saca del colegio para casarse conmigo... Es decir, con mi caudal... No sabe la que le espera. Dentro de poco llegará mi Arturo, y huiré con él, dejando al viejo avaro con un palmo de narices. En seguida nos casaremos, y no tendrá más remedio que aprontar mi dote. ¡Lo que extraño es que no esté aquí ya! Dentro de poco, cuando sea la legítima esposa de Arturo, entónces sí que voy á dar envidia á mis compañeras de colegio, que me llamaban niña y casquivana. ¿Pero no es temerario lo que voy á hacer?... Sin embargo, no retrocedo. ¡Dar mi mano á ese viejo go-

toso y avaro!... Nunca! No sé por qué me dan á la vez ganas de reir y llorar... ¿Qué dirán de mí en el colegio?... ¿Y la pobre Madame Hervert? Qué buena señora! Debo escribirla. Es lo mejor que puedo hacer mientras llega Arturo. Dice que lo tiene todo listo... Que mañana mismo será mi esposo... (Se sienta al velador.) Ni papel ni plumas... (Toca la campanilla.) y nadie viene! Creen que es inútil apresurarse por una niña... yo les haré ver... (Toca con más fuerza.)

ESCENA VI.

EVELIA y SIR JAMES, que se detiene en el dintel de la puerta.

SIR J. Quién diablo se permite llamar así, cuando yo dormia tan bien? ¡Ah!

EVELIA. (Oh, aquí está el fondista.) ¿En qué piensa usted?

SIR J. Qué!

EVELIA. Hace una hora que llamo! No lo oye usted?

SIR J. Sí, señorita. (Tomando otra campanilla de encima de la mesa y llamando.)

EVELIA. Qué hace usted?

SIR J. Lo mismo, llamo. (Siguen llamando los dos.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS y ROBINSON.

ROB. ¡Silencio! ¿Quién alborota así?

SIR J. Llamo como quiero. Lo entiendes, pícaro!

ROB. Señor...

EVELIA. Dame una pluma... papel.

SIR J. Quién es esta jóven? (Robinson va al secreter á sacar papel y pluma.)

ROB. Jé! jé!... Esta jóven?... Pues. . yo no sé quién es... Pero es muy bonita, verdad? Estoy seguro que os distraerá, señor. (Evelia se ocupa en avivar el fuego, etc.)

SIR J. ¡Yo no quiero que nadie me distraiga! Si has creido hacerme un favor, te has engañado. Despídela, y que

no vuelva á turbar mi sueño.

ROB. Como me habeis ofrecido...

SIR J. Siempre el interés! (Váse por la derecha.)

ESCENA VIII.

EVELIA y ROBINSON.

EVELIA. ¡En verdad que he viajado mucho, pero nunca he visto una fonda donde cueste más trabajo hacerse servir!

ROB. Vuelve á acostarse; demonio! Otra prueba inútil. (Mirando por la puerta derecha.)

EVELIA. Y bien, señor fondista. (Volviéndose.) ¡Ah! se ha marchado!

ROB. Sí, señorita.

EVELIA. Puedes marcharte.

ROB. Está muy bien. (Pícaro jorobado! Cuando pienso que te he quitado de una mano á otra... Esto alegra mis últimos momentos, suponiendo que... (Hace el ademan de zambullir.) Pero no quiero suponerlo.) (Váse.)

ESCENA IX.

EVELIA.

Sentada al velador, y dando la espalda á la puerta derecha.

¡Ah! señor Arturo! ¡Señor Arturo! Las cuatro y cuarto; sabiendo que nuestra cita era á las cuatro! (Despues de mirar el reloj.) Pero aún tardará mi tutor tres cuartos de hora. Acabemos la carta. ¡Pobre señora Hervert! Quiero contárselo todo. (Repasa la carta.) No se quejará de su discípula... No encontrará en mi carta ni una falta... de ortografía. (Sigue escribiendo.)

ESCENA X.

EVELIA y SIR JAMES.

SIR J. Imposible volverme á dormir! La niña con sus campa-

nillazos!... ¡Aquí todavía!... Y escribe... (*Se pone los quevedos, se acerca de puntillas y observa la carta por encima del hombre de Evelia.*) ¡Ah! Ama al señor Arturo Flavier, y quiere huir con él! ¡Y ella misma lo confiesa! ¡Será posible que haya en el mundo un corazon inocente! ¡Fuga amorosa!... ¡Siempre la ridícula pretension de amores eternos! ¡Pobre niña!

EVELIA. ¿Dónde habrá lacre?... (*Volviéndose y viendo á Sir James.*) ¡Ah! Esto es demasiado! ¿Cómo se atreve usted á leer lo que no le importa? ¡Y permanece en la misma actitud! ¡Y con los lentes calados!

SIR J. Señorita, no escribe usted mal. Y tiene usted un bonito nombre! ¡Evelia!

EVELIA. ¡Habráse visto posadero más indiscreto!

SIR J. ¡Cómo posadero!

EVELIA. Puede usted estar seguro de que no volveré jamás á su posada.

SIR J. Lo celebraré infinito.

EVELIA. ¿Cómo?

SIR J. ¿Dónde piensa usted que está?

EVELIA. ¿Pues qué, no estoy en el hotel del Leon de Oro?

SIR J. Casi le aseguraría que está usted en casa de Sir James Tinlay.

EVELIA. ¡Dios mio! ¡Luego su criado me engañó!

SIR J. Eso no es extraño. Á mí, que soy su amo, me engaña todos los dias.

EVELIA. En ese caso, yo soy la indiscreta. (*Evelia saluda y se dispone á marchar.*)

SIR J. Se va usted?

EVELIA. Despues de haber leido usted la carta que he escrito, comprenderá que álguien me espera en el hotel del Leon de Oro?...

SIR J. Sí, el señor Arturo Flavier.

EVELIA. Sin duda, y debe estar muerto de inquietud!

SIR J. Sí, y de amor.

EVELIA. Sí, sí. Muerto de amor!

SIR J. Estad tranquila. Sólo muere de amor aquel que está

dañado del pecho.

EVELIA. ¡Qué es lo que dice! Usted no sabe entónces lo que es amor.

SIR J. Si. El amor es un pequeño muñeco de marfil, porcelana ó yeso, con un carcás, dos alas á la espalda y un pañuelo de batista en los ojos.

EVELIA. ¿Y eso es todo segun su opinion?

SIR J. Absolutamente todo.

EVELIA. Es extraño, siendo jóven!

SIR J. ¿Y usted, qué le encuentra? ¡Pobre niña!

EVELIA. Me compadece usted; pero soy yo quien le compadezco, pobre hombre!

SIR J. Perdon, señorita. (Pausa.) ¿Quiere usted hacerme el honor de tomar el té conmigo?

EVELIA. Aceptaría con gusto. (Qué hombre tan original!) Pero no quisiera detenerme. Mi tutor, que me ha acompañado hasta aquí, no puede tardar... y si vuelve...

SIR J. Estorbará vuestra fuga...

EVELIA. Justamente.

SIR J. ¿Y por qué huye usted de él? ¿No es lícito el amor de Arturo?

EVELIA. ¡Oh, sin duda! Aunque niña, sé el respeto que debo al honor de mi familia.

SIR J. Entónces?...

EVELIA. Mi tutor, en su avaricia, pretende casarse conmigo, á no ser que el hombre que yo elija por esposo renuncie á mi dote.

SIR J. ¿Y el señor Arturo no la ama á usted lo bastante para aceptarla sin dote?

EVELIA. Sí; pero no posee grandes bienes de fortuna.

SIR J. Ademas las leyes...

EVELIA. Arturo dice que este es el mejor medio...

SIR J. (Inocente! La engaña!)

EVELIA. Ya sabe usted el motivo. Adios.

SIR J. No acepta usted mi ofrecimiento?

EVELIA. Arturo me espera ..

SIR J. Su amor debe tener paciencia, porque es eternal...

EVELIA. Mi tutor... Aún falta media hora. (Mirando el reloj.)
SIR J. Yo debo detenerla.

ESCENA XI.

LOS MISMOS y ROBINSON.

ROB. (Juntos!) Señorita, su tutor me encarga la diga, que tenga usted un poco de paciencia, que hasta dentro de una hora no podrá volver.
SIR J. (Ah!...) Ya oye usted.
EVELIA. Acepto.
SIR J. Sírvenos el té.
ROB. Qué dice usted!
SIR J. Te digo que nos sirvas el té.
ROB. Sí, señor, sí. (Esto marcha.) (Váse.)

ESCENA XII.

EVELIA, SIR JAMES, y á poco ROBINSON con el té.

SIR J. (Esta niña me interesa.)
EVELIA. (¡Qué hombre tan simpático!... No sé por qué le oigo con respeto... y hasta con placer!)
SIR J. Arturo esperará un cuarto de hora.
EVELIA. Sin duda.
ROB. El té, señor. (Coloca la bandeja sobre el velador, Sir James ofrece silla á Evelia. Los dos se sientan. Sir James sirve el té.)
SIR J. Quiere usted ver lo que vale un corazon humano! Escucha, Robinson.
ROB. Señor? (Colocándose detrás del velador, entre Evelia y Sir James.)
SIR J. Acércate y responde con franqueza. Tú estás enamorado.
ROB. Como un imbécil.
SIR J. Muy bien. ¿Y esa á quien tú amas, es digna de tu amor?
ROB. Sí, señor. ¡Mi Tecla es un ángel!... ¡Un!... Dispensad que manifieste así el entusiasmo de mi sentimiento.

EVELIA. Bravo muchacho!

SIR J. Tú le habrás jurado, sin duda, serle fiel?

ROB. Hasta la muerte! ¿Cuando se ama no es por toda la vida?

SIR J. Siempre.

EVELIA. Muy bien, Robinson. Toma esta moneda. (Sacando su pormonedas y dándole una moneda de oro.)

ROB. Señorita... (Rehusándola y alargando la mano.)

SIR J. Esperad. Dejadla sobre la mesa. ¿Á cuántas mujeres has jurado tú un amor eterno?

ROB. Señor... esta es la quinta.

SIR J. ¡Ah!...

EVELIA. ¡Bien!...

ROB. Pero esta vez es para siempre.

SIR J. ¿Y Tecla, cuántos amores ha tenido?

ROB. Tecla, no tiene más que un amor; el mio.

EVELIA. Bien, Robinson. Toma esta otra moneda por esa creencia sublime.

SIR J. Esperad. Pongámosla con la otra.

ROB. (¿Por qué diablos confiscará mi dinero?)

EVELIA. Este es un corazon honrado y leal.

SIR J. Lo siento, querido. El coronel Makfelier, mi primo, me escribe de Lóndres que tiene necesidad de un servidor int eligente y una ama de gobierro respetable; yo habia pensado dirigirme á él recomendándote despues de haberte casado con la tia de Tecla.

ROB. ¡Cielos!... ¡La tia Tarasa!...

SIR J. Sí.

ROB. ¡Esta pícara bruja, vieja y fea, y que no tiene más que tres dientes!

SIR J. Tambien yo le daría con gusto quinientas libras esterlinas de dote para rejuvenecer el matrimonio.

ROB. ¿Qué dice usted, señor? Quinientas libras!...

SIR J. Por desgracia no tiene más qne tres dientes...

ROB. Yo le diré á usted... Tiene... tres arriba... y tres abajo.

SIR J. Sí; pero como amas tanto á Tecla...

EVELIA. Ciertamente.

ROB. Sin duda... amo mucho á Tecla... Pero aprecio ta. bien bastante á su primo de usted, el coronel Makfelier.

EVELIA. ¡Cómo!

ROB. Si pongo á Tecla en el platillo de una balanza y al coronel en el otro, es cierto que pesa Tecla más que el coronel.

EVELIA. Ve usted?

ROB. Pero si añado las quinientas libras al platillo del coronel... el coronel pesa más que Tecla. (*Marcando con las manos el ascenso y descenso de los platillos.*)

SIR J. Ve usted?

EVELIA. ¡Robinson!

ROB. Por lo tanto, me resigno á casarme con la tia Tarasa.

EVELIA. ¿Y Tecla?

ROB. Tecla... Pues ahí está... Esto es lo que yo digo... Pero el dote... Las quinientas libras... Mi amo... El respeto... ¿Y cuándo es la boda?

SIR J. Tú no eres más que un miserable! Vete.

ROB. ¡He sido burlado!... (*Va á tomar las monedas.*)

SIR J. Señorita, otra vez emplead mejer vuestro dinero. (*La recoge de la mesa y lo guarda en el portamonedas, que entrega á Evelia.*)

ROB. (¡Me han robado!...)

SIR J. Llévate eso. (*Por la bandeja del té.*)

ROB. ¡Qué desengaño!... ¡Qué vida tan amarga! En este momento comprendo lo del latigazo... y adelante. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

EVELIA y SIR JAMES.

SIR J. ¿Y bien; está usted convencida?

EVELIA. Los sentimientos de un miserable están al nivel de su condicion.

SIR J. Querida niña, ese es el amor.

EVELIA. Arturo es un caballero...

SIR J. Sí: yo he conocido á un caballero muy noble, muy

rico, muy apreciado en la buena sociedad, que en ménos de un año ha robado tres señoritas.

EVELIA. ¡Tres!

SIR J. Sí; una detrás de la otra.

EVELIA. ¡Y ese hombre era amigo de usted!

SIR J. Muy amigo.

EVELIA. Cómo!

SIR J. Ese hombre soy yo!

EVELIA. Usted!

SIR J. ¿Sin lisonja; no es cierto que por caballero que yo sea le pareceré en este momento tan miserable como Robinson? ¿Tan monstruo?

EVELIA. Sí.

SIR J. Pues bien, Arturo será tan monstruo como yo.

EVELIA. ¡Imposible! Desde el momento en que me juró su amor ha roto toda intimidad con los amigos que le precipitaban á la mala vida. Esos amigos que le habian ya presentado á una mujer infame. Á una tal Arabela Ludson.

SIR J. ¿Arabela Ludson?

EVELIA. ¿Usted la ha conocido?

SIR J. Un poco. Demasiado. Conservo todavía algunos de sus autógrafos. (Saca un cofrecito del secreter.)

EVELIA. Dios mio!... Caballero...

SIR J. Un momento. Hé aquí su carta. Escuchad. (Lee.) «Mi »querido amigo. Salgo de París para España en com»pañía de un viejo que me abruma: haremos noche en »Irun: si vuestro corazon está libre, esperadme en ese »pueblo con una silla de postas... y por favor, robad»me... Vuestra amiga, Arabela.»

EVELIA. ¡Qué descaro!

SIR J. Esta clase de mujeres pervierten los corazones novicios

EVELIA. El de usted entónces está seguro.

SIR J. Sí; pero el de Arturo...

EVELIA. Usted le calumnia. Tengo tanta fe en él como en mí misma. No quiero escucharle más. Voy á tomar mi maleta y á reunirme con el que va á ser mi esposo.

Con el que me ama y me amará siempre. Caballero... (Saluda y váse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

SIR JAMES y á poco ROBINSON.

SIR J. ¡El que me amará siempre!... Qué confianza!... ¡Qué ilusiones! ¡Pobre niña! Quisiera hacerla conocer la verdad... y la salvaré á pesar de ella. Mas, cómo? (Se fija en la carta que tiene en la mano.) Arturo ha conocido á Arabela... Esta carta... (La abre y la lee.) «Querido »amigo...» Lo mismo puede ser para mí que para otro... No tiene fecha... Si yo cambio el sobre.. Es claro, Arabela, en vez de escribirme á mí, escribe al señor Arturo... La prueba será decisiva. (Se sienta y le cambia el sobre á la carta.) Creo que haré más alegre mi viaje á los infiernos si dejo detrás de mí esta buena accion. (Toca la campanilla y sale Robinson.)

ROB. Llama usted, señor?

SIR J. Vas á llevar esta carta al instante.

ROB. Á dónde, señor?

SIR J. Al hotel del Leon de Oro. No digas de parte de quién vas y pide la contestacion por escrito.

ROB. Sí señor. (Al mismo tiempo hablaré con Tecla, y segun lo que me diga decidiré.)

SIR J. ¿Comprendes bien? Contestacion por escrito. Al señor Arturo. (Aparece Evelia en la puerta izquierda.)

ROB. Sí señor. (Váse.)

ESCENA XV.

SIR JAMES y EVELIA.

EVELIA. ¿Cómo! escribis al señor Arturo?

SIR J. Yo no!

EVELIA. ¿Pues quién?

SIR J. La señorita Arabela.

EVELIA. ¡Arabela!

SIR J. La carta que hace poco lè leí á usted...

EVELIA. ¿Donde ella dice, robadme?

SIR J. Precisamente. La envio al señor Arturo.

EVELIA. ¡Ah!...

SIR J. ¿Qué es lo que dice usted á esto?

EVELIA. Que Arturo me ama y que su contestacion le convencerá de ello.

SIR J. Sin duda alguna.

EVELIA. ¡Es usted el genio del mal!

SIR J. Así me juzga el mundo. Hasta mi criado me dice que soy amigo del demonio.

EVELIA. ¡Dios mio! Si él me engañára... ¡No quiero pensarlo! Yo cifro en el amor de Arturo mi dicha entera, la esperanza de mi vida. ¿Qué me queda en el mundo si esa sola esperanza me falta? (Se apoya en el velador y solloza.)

SIR J. Sosiéguese usted. (Conmovido y tratando de consolarla.) Puede engañarse á una mujer... pero á usted!... Usted es un ángel... sí, un ángel que será venturoso... que será amado.

EVELIA. ¡Oh, qué bueno y simpático le encuentro cuando me habla así!

SIR J. Me perdona usted? (Alargándole una mano.)

EVELIA. Con toda mi alma. No soy rencorosa. Ademas, casi debo darle á usted las gracias, porque ese lazo tendido á Arturo, va á demostrar á sus ojos y á los mios toda su lealtad... toda su constancia.

SIR J. Así lo espero. Así lo deseo.

EVELIA. ¿Pero ese criado?...

SIR J. No vuelve todavía.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS y ROBINSON.

ROB. (Aparece en el foro.) ¡La pérfida!...

SIR J. ¡Maldito Robinson! (Se vuelve y le ve.)

ROB. ¿Señor?

Los dos. ¡Ah!
Evelia. ¿Y bien?
Sir J. ¿La respuesta?
Rob. Héla aquí. (Le da una carta y se deja caer en una silla al foro.)
Sir J. (Leyendo el sobre) «Á la señorita Arabela.» Tome usted.
Evelia. No, no, usted. (Sir James rehusa.) Se lo ruego.
Sir J. (Lee.) «¡Mi divina... mi querida Arabela!...» (Qué es lo que he hecho!) (Momento de pausa. Evelia demuestra el efecto que le ha causado el encabezamiento de la carta. Sir James la observa.)
Evelia. (Reponiéndose.) Ya escucho.
Sir J. (Yo enmendaré mi error.) (A Evelia.) Perdóneme usted. Quise engañarla. Dice así: (Sigue leyendo como el que inventa una carta.) «Señorita: es cierto... que he sentido »ya otra vez,.. el delirio que vuestra carta... ha des»pertado en mí... pero no se puede delirar siempre... »y hoy estoy despierto.»
Evelia. ¡Ah, ya decía yo!... Lo ve usted?
Sir J. «Este corazon que usted despreció un dia... pertenece »hoy todo entero á otra mujer... y no me queda que »ofreceros en cambio de vuestro súbito amor, más que »una amistad... que usted no aceptará sin duda.» Firmado, Arturo.
Evelia. Lo ve usted? Querido Arturo!... ¡Oh, cuánto le amo!... ¡Qué feliz soy! Esa carta... démela usted. (Se la quita.)
Sir J. ¡Qué hace usted!
Evelia. ¡Es mi bien!... Mi felicidad!... Mi triunfo!... (La besa, y al besarla se fija en ella y la lee.) ¡Ah!!
Sir J. ¡Evelia!
Evelia. ¡Me engañábais!... No me ama!... Ama á otra! Huye con ella! (Cayendo en un sillon.)
Sir J. ¿Lo ve usted?
Evelia. ¡Dejadme!
Sir J. (¡Pobre niña!) Perdon.
Evelia. Dejadme. (Se va por la izquierda.)

ESCENA XVII.

SIR JAMES y ROBINSON.

SIR J. Se va llorando!... ¡Ella, que entró aquí tan alegre y risueña!... ¡Y soy yo... yo, el que ha destrozado su virginal corazon!

ROB. Señor, ¿engancho? (Sollozando.)

SIR J. ¿Qué prisa tienes? Tú no has de venir.

ROB. Yo le sigo á usted, señor. ¡Tecla me ha engañado! Tecla se casa con mi rival, á pesar de su joroba! Lo acabo de oir de su boca!

SIR J. Bien, déjame.

ROB. ¡Desde que sé que no me ama, encuentro la vida monótona! ¿Engancho, señor? (Sir James no le hace caso.) ¡Ay de mí! ¡Me parece que la naturaleza se cubre con un velo de luto! ¿Engancho, señor?

SIR J. ¡Eh!...

ROB. Señor, yo quiero enganchar... y voy...

SIR J. Espera. Todavía no.

ROB. Cómo!

SIR J. Vete.

ROB. Usted duda!... ¡Oh, el corazon humano no es más que una veleta! (Váse.)

ESCENA XVIII.

SIR JAMES y EVELIA con maleta.

SIR J. ¡Oh, esa niña!... Qué es esto! (Poniéndose la mano sobre el corazon.)

EVELIA. Caballero... (Se dirige al foro.)

SIR J. ¿Se va usted?

EVELIA. Sin duda.

SIR J. ¿Y á dónde?

EVELIA. Qué sé yo.

SIR J. Evelia...

EVELIA. ¿Tiene usted algo más que decirme?

Sir J. La diré... que yo tambien parto. Parto para un largo viaje.

Evelia. ¿Cómo?

Sir J. Pienso lanzarme al mar.

Evelia. ¿Para qué?

Sir J. Para ahogarme.

Evelia. ¿Sériamente?

Sir J. No, alegremente. En coche.

Evelia. ¿Puede usted disponer de un lugar en su carruaje?

Sir J. ¿Para quién?

Evelia. Para mí.

Sir J. ¡Para usted!

Evelia. El mar me halaga, y... Usted será mi guía.

Sir J. ¡Evelia!...

Evelia. Se lo ruego.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS y ROBINSON.

Rob. ¡Ah, señor! Todo era mentira! ¡Tecla me ama!... Me amará siempre!... No conteis conmigo!

Evelia. Tú vas á engancliar.

Rob. ¿Qué? la señorita emprende tambien el viaje? Bueno, bueno. Como yo no voy, puede usted disponer de mi sitio.

Sir J. ¿Tú? Tú tienes tu asiento en el coche. Yo te tomé á mi servicio para todo.

Rob. ¿Para todo?... Pero... ¡Ah, tengo una idea! (Váse por el foro.)

ESCENA XX.

EVELIA y SIR JAMES.

Evelia. ¿Cuándo partimos?

Sir J. ¿No dirige usted un adios á álguien?

Evelia. No. No pido más que el olvido.

Sir J. Como yo. Quisiera borrar todos los recuerdos de mi

vida. (Va al secreter.) Tomad. Hé aquí la carta de la primera mujer que me amó á los veinte años. Me dejó por un guarda-bosque de cinco piés y ocho pulgadas. Al fuego.

EVELIA. Esta flor me la dió un hombre en prueba de su cariño eterno.

SIR J. Y esa eternidad duró?...

EVELIA. Lo que tarde la flor en convertirse en cenizas.

SIR J. Al fuego todos los recuerdos. (Arrojando varios papeles.) ¡Cómo brillan! Estoy seguro de que el infierno alimentaría sus llamas con billetes y flores de ese género. Al fuego... ¿Qué iba yo á hacer? ¡Ah, no! no te arrojaré jamás, recuerdo querido.

EVELIA. ¿Un recuerdo?

SIR J. Que me costó cien guineas.

EVELIA. ¡Ah, Dios mio! (Viendo la muñeca que Sir James tiene en la mano.)

SIR J. ¿Qué?

EVELIA. Es ella!... Sí, es ella!

SIR J. La conoceis, señorita?

EVELIA. De quién la recibió usted?

SIR J. De una niña. De un ángel á quien acababa de salvar la vida.

EVELIA En Suiza.

SIR J. ¡Cómo!

EVELIA. Á riesgo de perecer; mientras el padre airado é injusto, os demandó por todo agradecimiento.

SIR J. ¡Evelia!

EVELIA. Era usted... mi salvador entónces... y ahora...

SIR J. Ahora tambien. (Pausa.) Evelia, qué me responde usted?

EVELIA. Volvedme á mi colegio. Tengo todavía mucho que aprender.

SIR J. ¡Qué aprender!

EVELIA. Sí. Á olvidar lo primero.

SIR J. Un devaneo se olvida pronto.

EVELIA. Sin duda.